

Algo sobre la técnica novelística

de

Cervantes en el Quijote

Por García Pavón

LA novela, por ser el género literario que más imita la vida de los hombres, no sabe de rígidas preceptivas. Sus leyes son tan elásticas como las que rigen la vida de los mortales. Omitidos los imprescindibles límites del principio y del fin, el espacio que entre ellos hay, es barbecho infinito donde el Destino—en la vida—y el autor—en la novela—pueden campear por sus respetos. Pero, el novelista, para conseguir determinados efectos, no elude ciertos recursos y habilidades a los que damos el nombre de técnica novelística de un autor en tal o cual obra.

Cervantes, en una de las primeras páginas de su mayor novela, dice, que a Don Quijote se le había vuelto el juicio. Esto, así, a secas, no basta para describirnos a un héroe a lo largo de mil o más páginas. Los lectores, para cerciorarnos de esa demencia, tenemos que ver a Don Quijote obrando «en loco». Y aquí está el problema que queríamos plantear: ¿Qué hace Cervantes para presentarnos loco a Don Quijote? ¿Qué técnica va a utilizar para este logro? No nos basta con que Cervantes presente a su personaje haciendo mil arbitrariedades sin orden ni sustancia. Ello lo haría cualquier principiante, o un niño. Se precisa que la locura del caballero sea humana, que goce de manifestaciones homogéneas, que sea una locura genial. Si la locura de Don Quijote consistiese exclusivamente en creerse caballero andante, en un tiempo en el que ya no existían tales caballeros, la novela hubiera resultado insípida a más no poder. El Manchego, después de buscar inútilmente sus aventuras, habría terminado por volverse a su lugar, aburrido y en vías de curación. Por todo ello, Cervantes, no sólo denuncia la clase de locura que padece su héroe, sino que, además, busca el resorte, la técnica o engranaje para poner ante Don Quijote esas aventuras que no existen.

Vamos cuál es esa técnica:

DON QUIJOTE. POETA EN ACCIÓN

Se dice que un hombre es poeta, entre otras cosas secundarias, porque es capaz de crear metáforas. Si el poeta ve unos labios rojos, dirá que son de rubí; si cabellos rubios, que son de oro. Estas cosas las dice así nuestro supuesto poeta, no porque crea en serio que los labios que canta son efectivamente de rubí y los cabellos de oro, sino porque quiere hacerlo de este modo. Su misión es crear la belleza y el decir las cosas de esta manera lo estima bello.

La mecánica con que el poeta ha hecho estas metáforas es muy sencilla. El subido color rojo de los labios que canta, le trajo a la imaginación el precioso rubí; el brillante color amarillo de los cabellos en cuestión, lo llevó a pensar en el preciado oro. Así, buscando la belleza, ha hecho el cambio; que eso es la metáfora. La misma mecánica utiliza Don Quijote. Las aspas del molino le recuerdan los brazos de sus gigantes, y, en el acto, plantea la igualdad: molinos=gigantes; la bacía del bar-